

Tozzi, Verónica (2009), *La historia según la nueva filosofía de la historia*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 199 pgs.

En la introducción de este libro la autora deja ya planteados tres objetivos que acompañarán el desarrollo de toda la obra. En primer lugar, advierte que la misma se halla abocada a la reflexión acerca del *status* cognitivo de la historiografía, y particularmente, a la consideración de cuatro autores que tienen por común denominador el haber contribuido de manera sobresaliente al análisis del lenguaje histórico y a esclarecer el modo en que éste se relaciona con la realidad histórica: Arthur Danto, Louis Mink, Hayden White y Frank Ankersmit. En segundo lugar, se pretende que el abordaje de los mismos permita disolver aquellos malentendidos que sus lecturas superficiales tienden a suscitar, así como también, y finalmente, explicitar el modo en que algunas nociones presentes en el debate filosófico contemporáneo (“representación”, “narración”, “explicación”, “comprensión”) son utilizadas en el marco teórico específico de estos autores.

Al análisis de cada uno de ellos le antecede una reconstrucción del estado de la filosofía contemporánea de la historia y de los debates en torno a los cuales han emergido las obras de estos pensadores. Buena parte de la introducción consiste en un recorrido de la llamada “filosofía crítica de la historia” a lo largo del siglo XX, en el cual se distinguirán dos etapas: una primera etapa en la que prima la preocupación en torno al problema de la explicación del pasado, que -sobre todo- de la mano de la filosofía analítica anglosajona y recuperando la polémica decimonónica “Explicación vs. Comprensión”, se interesa por el *status* científico de la historiografía y la legitimidad de sus justificaciones; y una segunda etapa, reconocida a partir de los `70, en la que la preocupación acerca de la explicación como concepto en función del cual sostener el *status* de científicidad de la historiografía se desplaza hacia el de “narración”, con lo que el problema central deviene en el establecimiento del *status* epistemológico de los relatos históricos. La demarcación de estas dos etapas tiene por fundamento el desplazamiento de la pregunta por la racionalidad de la explicación hacia la pregunta por el realismo de las narraciones historiográficas.

Dicho panorama es completado en lo que resta del capítulo introductorio a través de una reconstrucción de las críticas dirigidas a la historiografía narrativa y su “protocientificidad”, realizadas desde dos contextos: la filosofía clásica de las ciencias (que albergaría la etapa de la filosofía analítica anglosajona) y la Escuela Francesa de *Annales*.

Asimismo, el apartado dedicado a las críticas del narrativismo a los presupuestos epistemológicos de la historiografía “disciplinar” pone de manifiesto un objetivo que no será abordado hasta el último capítulo, y que significará una reivindicación de la capacidad de la historiografía “disciplinar” de asumir las críticas surgidas en su seno y fuera de él, sin que ello implique, necesariamente, socavar su legitimidad como instrumento cognitivo del pasado.

En los capítulos II y III, se desarrollan las propuestas de Danto y Mink en torno a las relaciones existentes entre el lenguaje histórico y la realidad histórica, y por ende la narrativa historiográfica. Si bien la autora reconoce diferencias en los presupuestos de los que parten y las consecuencias a las que arriban ambos autores, sugiere que la consideración de esta dupla no sólo permite contrastar dos análisis del lenguaje histórico que posan su atención sobre las llamadas “oraciones narrativas” (Danto) o “descripciones de eventos” (Mink), sino también advertir cierto punto de partida común:

la defensa de la autonomía de la comprensión histórico-narrativa con respecto a otros modos de configuración de la realidad.

El capítulo dedicado a Danto presenta un panorama que atraviesa, por medio del tratamiento del “problema de los indiscernibles”, sus reflexiones en materia de filosofía del arte, filosofía de la acción y filosofía de la historia. El problema de la distinción entre la obra de arte y la mera “cosa”, se traducirá en dicho recorrido en el problema de la distinción entre representación y realidad. Si hay algo que parece querer dejarse en claro, es que ante las consecuencias de la filosofía dantoniana del arte para la filosofía de la historia (las condiciones de la distinción entre representación artística y mera representación), la pregunta por la diferencia entre la narrativa literaria y la narrativa historiográfica no es una que a Danto incomode particularmente. Esto pretende mostrar la autora a través de la reconstrucción de los argumentos mediante los cuales Danto pretende desestimar el escepticismo histórico: el autor no está poniendo en tela de juicio la posibilidad del conocimiento histórico, ni considera que los elementos literarios o imaginativos de la narrativa historiográfica puedan comprometer la empresa cognitiva de la historia. Si bien el balance de Tozzi visibiliza algunas consecuencias de la definición de obra de arte no necesariamente deseables para Danto, sugiere que el mismo logra apreciar la estrechez de la relación entre historia y literatura, sin dejar de señalar aquello que resulta definitorio de cada una: la ausencia de autorreferencialidad y relevancia en cuanto a exhibir su modo de presentación en el caso de la primera, o bien la presencia de estos caracteres en el caso de la segunda.

El capítulo que corresponde a Mink se ocupa fundamentalmente de desarrollar la noción de “comprensión histórica” como acto de configuración del pasado y de extraer las consecuencias de dicha concepción en el contexto de los debates contemporáneos en torno a las posturas realistas/antirrealistas, monistas/dualistas metodológicas, constructivistas o escépticas en materia histórica. Su noción de “comprensión histórica” significa un acto imaginativo de forma específicamente narrativa, un acto sinóptico que da unidad a aquello que por sí mismo no tiene ninguna forma: la experiencia. Esto implicará al menos dos cuestiones: que el juicio sinóptico del historiador será capaz de ver juntas cosas que no necesariamente han sucedido juntas, esto es, que la narrativa no persigue representar la experiencia de los eventos siguiendo su orden temporal, y que en consecuencia, la unidad alcanzada no puede ser confirmada por la experiencia puesto que no proviene de ella sino del mismo acto configurativo. La “serialidad” de la experiencia, y su rechazo a las posturas tendientes a atribuir caracteres prefigurativos de la narración a la experiencia humana del tiempo, no sólo pondrán a Mink en tensión con autores como David Carr, sino que lo situarán en una posición que la autora extenderá también a White y Ankersmit, la del “constructivismo narrativista”. Aún cuando Tozzi da lugar a las críticas al constructivismo de Mink, que a su parecer provienen de la tendencia a asimilarlo al escepticismo, se ocupa de recuperar la propuesta del autor como una que, más que negar la posibilidad del conocimiento histórico, intenta reivindicar el carácter cognitivo de las construcciones narrativas, así como también defender una concepción del conocimiento que, lejos de la pasividad del “descubrimiento” o la contemplación, se comprometa con una práctica historiográfica constructiva y responsable.

En los capítulos III y IV se lleva a cabo una reconstrucción de los aportes de White y Ankersmit al análisis de la relación entre discurso histórico y realidad histórica. El “tandem” White-Ankersmit permitirá, según la autora, abordar, ya desde la teoría literaria o las reflexiones estéticas, las complejas dimensiones que se interrelacionan en el discurso histórico, particularmente las dimensiones fáctica-informativa y

constructiva-creativa. Asimismo, se señalará de qué manera la adherencia de ambos autores a un “constructivismo” los volvería sensibles a la advertencia de los peligros de la posibilidad de la historia como instrumento de legitimación política, así como también capaces de una mayor autoconciencia con respecto a las opciones epistémicas, ideológicas, estéticas y morales involucradas en la propia práctica historiográfica al momento de organizar cognitivamente el pasado.

La apelación de White a la teoría literaria como herramienta de análisis de los procedimientos de construcción de las representaciones realistas del pasado será profundizada por Tozzi a través del desarrollo de la noción de “realismo figural”, noción en la que se considera resumida la postura del mismo White. Con el tratamiento de esta noción, la autora se propone no sólo ir despejando algunos malentendidos acerca de la oscura “dualidad” hecho-figuración en el discurso histórico (principalmente aquel que intenta distinguir en el discurso mismo un nivel que remite a “lo dado” –contenido informativo- y otro a lo “figurativamente construido”-interpretación-), sino también abrir paso a la presentación de su propia mirada pragmática del realismo figural. La operación de figuración en el discurso histórico, esto es, la elección de las formas de tramar y los tipos de conexiones consideradas válidas entre distintos acontecimientos, será la instancia fundamental de significación de una representación realista del pasado. Que la historia es una construcción, se advertirá, significa que construir figuras, relaciones significativas entre acontecimientos a partir de cierta perspectiva es, fundamentalmente, un acto de decisión. El realismo figural, conforme a su “responsabilidad cognitiva” y su promesa de representar realísticamente el pasado sin pretender por ello caer en “clausuras significativas” o versiones definitivas del mismo, es considerado por Tozzi como una postura capaz tanto de evaluar diferentes representaciones históricas en función de su valor heurístico, -esto es, su potencial de apertura a nuevos caminos de investigación y de reescritura-, como de apreciar el carácter profundamente controversial de la práctica historiográfica.

El capítulo reservado a la exposición de la postura de Ankersmit en torno a la noción de “narración histórica” presenta dos peculiaridades. Una es la insistencia en reparar en las diferencias existentes entre Ankersmit y White en lo que respecta a la relación entre el componente informativo-descriptivo y el interpretativo-narrativo del discurso histórico; la otra es el claro carácter crítico de la autora en su presentación de la posición de Ankersmit. Lejos de desestimar los aportes de éste último, Tozzi advierte que esta crítica revela cuánto más éste ha indagado las particulares dificultades de la disciplina histórica cuando se trata de dar cuenta de distinciones como lo informativo-interpretativo. Sin embargo, se considerará su defensa del dualismo información-interpretación como insuficiente. Mientras White se esfuerza por matizar y disolver la posibilidad de discriminar claramente esta “dualidad” en el discurso histórico, Ankersmit intenta preservar la diferencia entre la “función descriptiva” y la “función narrativa” de una *narratio* o representación histórica. La doble función de una interpretación histórica consistirá en: describir el pasado mediante enunciados constatativos singulares susceptibles de evaluación en términos de verdad/falsedad, y a la vez sugerir, a la manera de la metáfora, un punto de vista desde el cual mirar el pasado, sin que ello suponga “referir” al mundo sino más bien, y tal como la obra de arte, sustituir el ausente representado, el pasado. El “dualismo” (opuesto a “dualidad”) de las representaciones históricas, esto es, el que la narrativa como un todo no admita evaluaciones “veritativas”, mientras que al nivel de los enunciados singulares se permita la verificabilidad a los fines de sostener cierta conexión expresiva con la realidad, no implica después de todo que el anti-referencialismo de la primera pueda compensarse a

través de la verificabilidad atomista de los enunciados para evaluar (refutar o verificar) diferentes *narraciones*, puesto que los enunciados singulares no cumplen ningún rol epistémico hacia la *narratio*. En suma, las críticas dirigidas al dualismo de Ankersmit terminan por traducirse en cierto fracaso por parte del autor en la defensa de la autonomía del texto histórico, y con ello, la acusación de haber recorrido el camino hacia el holismo a medias.

A modo de cierre, el capítulo VI se ocupa de mostrar de qué manera el “realismo figural”, desde su consideración pragmática y heurística, puede contribuir a los debates historiográficos acerca del pasado reciente y aún más, servir como criterio de evaluación entre representaciones históricas en conflicto. Estableciendo como punto de partida la reivindicación del carácter controversial y pluralista de la práctica historiográfica, la autora reconoce como legítima la demanda actual de los “actores olvidados” de la historia: el reclamo político de representaciones históricas que contemplen las voces de identidades y minorías ignoradas por la historiografía tradicional. Sin embargo, aquello que discutirá Tozzi será la tendencia a considerar que dicha reparación deba otorgar un lugar epistémicamente privilegiado al testimonio de estos grupos en tanto aproximación realista basada en la experiencia. Este privilegio, frecuentemente ligado al “fundacionismo” en que la autora rehúsa incurrir, conlleva según ésta la inaceptable consecuencia de funcionar como una instancia de registro directo (no-interpretado) de los hechos vivenciados por los testigos. Así, el privilegio testimonial reducido a esta función termina por privar a los testigos de la participación en la discusión pública acerca de cómo comprender, cómo dotar de sentido lo acontecido, a la vez que inhibe la posibilidad de evitar las representaciones “clausurantes” de sentido y la disolución del conflicto, motor fundamental de la controversia y reescritura historiográfica.

MARÍA EMILIA ARABARCO
Facultad de Humanidades
Universidad Nacional del Comahue
emiarabarco@hotmail.com